

EL CARÁCTER BURGUÉS DE LA IDEOLOGÍA NACIONALISTA*

Uno de los fenómenos más característicos de la historia política contemporánea es, sin ningún género de dudas, el fenómeno nacionalista. Ocurre, sin embargo, que, a pesar de su amplitud, de su significación y de su importancia en el plano de los hechos, no ha logrado obtener la clarificación necesaria en el plano del pensamiento. Hasta el punto que, como con acierto señalara Boyd C. Shafer, el nacionalismo se ha convertido en uno de los términos más vagos, confusos e imprecisos del léxico político.

Naturalmente, este estado de indefinición pura que, por otro lado, no hace más que reflejar el confuso mosaico ideológico y la lamentable pobreza teórica en que el nacionalismo se asienta, tiene su explicación. Como es sabido, el nacionalismo en cuanto ideología nace históricamente vinculado a la aparición de la nación-Estado como nueva forma de integración política. Con él se pretende significar, en un principio, la trama de intereses, valores, lealtades, expectativas y aspiraciones que tienen en común todos los individuos que integran una misma sociedad nacional. De este modo, al configurarse como expresión ideológica de la condición objetiva de poseer igual nacionalidad, el nacionalismo se convierte, simple y llanamente, en la ideología de la nación (Costa Pinto).

Se logra así una noción clara del nacionalismo que tendrá valor, tanto en el plano de la realidad como en el de la teoría, mientras el concepto de nación no se haga, a su vez, un concepto problemático. En tanto que la nación se entienda como una especie de hecho histórico-natural, y por lo tanto, de carácter prepolítico, el nacionalismo aparecerá como ideología de precisos y definidos contornos, encaminada a dar traducción política a esos hechos que en su primigenia configuración nada tienen que ver con ella. Es en este sentido en el que se puede afirmar que, así como no hay nacionalismo sin nación, no hay tampoco nación sin nacionalismo.

* Conferencia pronunciada en Vigo en los Cursos de Verano de 1965.

Ahora bien, en la medida en que el concepto de nación se descompone y los supuestos objetivos, históricos y naturales que la determinan comienzan a ser utilizados, ocultamente unas veces y manifiestamente en otras ocasiones, como armas políticas al servicio de los intereses ajenos a los de la mera integración comunitaria, el concepto de nacionalismo como ideología de la nación se descompone también. Expresado en otros términos, cabría señalar que, mientras la nación se configure como una estructura natural y necesaria para el cumplimiento de los fines del hombre sobre la Tierra, más amplia que la determinada por las esferas parciales de relaciones directas y primarias que proporciona la ciudad o la familia, y más fuerte y presente que la creada por esa vaga “conciencia de especie” que liga a unos hombres con otros hombres, el nacionalismo seguirá conservando en cuanto ideología su máximo sentido. Por el contrario, en la medida en que la nación-Estado se conciba como un fenómeno pasajero de la historia humana, supeditada a unos intereses más amplios, el nacionalismo dejará de ser la ideología de la nación, para pasar a desempeñar el subrepticio papel de defensor de esos intereses ajenos. Con lo cual nos vamos a topa con una ideología esencialmente contradictoria e incoherente, difícilmente explicable en el orden teórico y más difícilmente justificable aún en el orden político.

Son muchos los motivos y los hechos que podrían traerse a colación para demostrar esta corrupción ideológico-conceptual a que se ha visto sometido el nacionalismo. Realizar un elenco pormenorizado de los mismos carecería ahora de fundamento. Sin embargo, no estará de más que nos detengamos en algunos de ellos.

En primer lugar, es evidente que, en cuanto construcción ideológica, el nacionalismo ha sido utilizado y puesto al servicio, con la consiguiente pérdida de su configuración primigenia, de los intereses políticos más dispares. Si ha existido a lo largo del siglo XIX, y existe todavía en la actualidad, un nacionalismo burgués que satisface y coadyuva a la realización de las aspiraciones históricas burguesas, ha existido y existe también un nacionalismo proletario con intención y objetivos claramente contrapuestos. Al grito, en Valmy, en 1792, de “Vive la nation”, con el que la burguesía europea inicia el despliegue de la ideología nacionalista, y a las proclamas de los grandes nacionalistas burgueses, de Fichte a Mancini o de Mikiewicz a Renan, cabe perfectamente oponer textos de Lenin, de Stalin o de Mao Tse-Tung con una carga emotivo-nacionalista muy similar. Valga por todos la siguiente soflama extraída de la obra *Historia oficial de Rusia*, en su edición de 1948, en la parte que trata, según el título que al parecer pusiera

el mismo Stalin, de “La gran guerra del pueblo soviético para la salvación de la patria”. El texto dice así:

Que os inspire en esta guerra el glorioso ejemplo de nuestros antepasados... Que la bandera victoriosa del gran Lenin os ampare bajo sus pliegues... Los grandes sacrificios aceptados en nombre de la libertad y de la independencia nacional de nuestro pueblo..., el trabajo intenso ofrecido ante el altar de la patria... han sido coronados por el éxito. La lucha secular de los pueblos eslavos por su existencia y su independencia nacional han culminado en la victoria sobre los invasores alemanes y sobre la tiranía fascista...

En segundo lugar, es también evidente que la historia del nacionalismo no es una historia lineal sin contradicciones internas ni saltos en el vacío. Hablar de un nacionalismo burgués y un nacionalismo proletario, o, como recientemente lo ha hecho Michel Collinet en un brillante ensayo titulado *Audèl des nationalismes*, “de un nacionalismo de los opresores y un nacionalismo de los oprimidos” no agota, por supuesto, ni clarifica de manera definitiva toda la problemática. Dentro del nacionalismo burgués existen matices y se persiguen objetivos que aparecen perfectamente diferenciados según los momentos, y según los países. No son los mismos, ciertamente, los criterios con los que en torno a la cuestión nacional operan los revolucionarios franceses, y los criterios que sirvieron de base al romanticismo político alemán. Se ha hablado por ello, y no sin falta de razón, de un nacionalismo jacobino y de un nacionalismo romántico, ambos de carácter burgués, cuya diferenciación y antagonismo ya tendremos ocasión de ver más adelante.

Del mismo modo, y dentro de la especulación marxista y de la historia del nacionalismo proletario, no es difícil encontrar formulaciones contrapuestas. No voy a referirme ahora a esa cuestión de fondo derivada de la incompatibilidad interna entre el internacionalismo revolucionario proletario, tal y como ideológicamente se expresa en el *Manifiesto comunista*, con la afirmación de que los proletarios no tienen patria, y la exacerbación del sentimiento nacionalista del que también participan los obreros a lo largo del siglo XIX y parte del XX. Toda la historia del movimiento obrero entre la II y la III Internacional se centró en buena parte en torno a este problema, y no creo que merezca la pena reproducir en estos momentos, de una manera forzada, una cuestión tan rica en matices como compleja en su ordenación. Lo que importa es constatar que, rescatada y asumida por el marxismo, la problemática nacional tomará dentro de él las más diversas orientaciones.

Nada tienen entre sí, por ejemplo, en su enfoque, en su desarrollo e, incluso, en sus objetivos, la problemática nacional, tal y como la formulara un Lenin o un Stalin, con los desarrollos que de la misma hiciera el austromarxismo a través de nombres como Renner, Bauer o Adler.

En tercer lugar, y por último, no se puede olvidar —y la historia se encarga de demostrarlo cumplidamente— el que en su operatividad y funcionalidad más concreta el nacionalismo ha servido a los más contradictorios, irreductibles y antagónicos menesteres. Utilizando unas veces, dentro de la organización política estatal contemporánea, como elemento centralista y uniformador frente a las comunidades diferenciadas existentes en su seno, ha servido, no obstante, en otras ocasiones, como criterio secesionista y desintegrador en aquellas zonas con un acusado hecho diferencial. Por otra parte, no se puede ignorar tampoco, como con acierto señala René Suratteau, que las nacionalidades que en nombre de la libertad reclamaron sus derechos hasta convertirse en Estados nacionales, por una extraña ironía del destino, cuando lograron su objetivo, olvidaron lo que había sido la esencia de sus fundamentos, se hicieron imperialistas y devoraron sin piedad a otras nacionalidades más débiles.

Es esta caótica experiencia que se desprende incontestablemente de la praxis histórica del nacionalismo la que debe obligarnos, por una medida de prudencia intelectual, a colocarnos ante él con determinados recelos. Si no se puede ni se debe caer en las generalizaciones simplistas que, concibiéndolo como fenómeno unitario, no pasan de ser meras mixtificaciones de la realidad y de la historia, tampoco se puede ni se debe caer en la actitud contraria, que renuncie de antemano a cualquier tipo de ordenación intelectual del mismo. Es cierto que la praxis histórica del nacionalismo es contradictoria y compleja. Pero no es menos cierto que se puede hallar dentro de él un hilo conductor que permite comprender el sentido histórico profundo de muchas de esas contradicciones.

Intentando aclarar el problema, el profesor E. H. Carr, en una obra ya clásica, sugirió la hipótesis de establecer tres etapas en la evolución del nacionalismo. Estas tres etapas serían: la aristocrática, la democrática y la socialista. Sin negar la validez de este tipo de orientaciones, más fecunda parece, en principio, esa otra tesis, ya también clásica, que al estudiar la evolución temporal de la ideología nacionalista la conecta de una manera más directa y decidida con la evolución y el destino histórico de la propia burguesía. Será en esta conexión entre nacionalismo y burguesía donde operemos nosotros, en el convencimiento de detectar a través

de ellas muchas de las cuestiones que, de otro modo, quedarían ocultas y confundidas.

A efectos de lograr la mayor claridad expositiva, creo que son perfectamente diferenciables tres momentos en la historia del nacionalismo, que corresponden, a su vez, a tres tipos de situaciones distintas del mundo burgués. En primer lugar, el nacionalismo como ideología de la nación-Estado, que históricamente se vincula al nacionalismo como ideología de clase, que coincide con la consolidación política, económica y social burguesa y, por último, el nacionalismo como ideología del ocultamiento y de los mitos, que aparece conectado a la descomposición y quiebra del orden burgués. Veámoslos separadamente.

1. El nacionalismo como ideología de la nación-Estado tiene su más claro precedente y su más noble definidor en Maquiavelo. Rotas las esperanzas de pervivencia histórica del orden político medieval y del universalismo del imperio, Maquiavelo es el primero que adquiere conciencia plena de la importancia de esa nueva forma de organización política que él mismo bautiza con el nombre de Estado. Ahora bien, Maquiavelo es también consciente de que el nacimiento del Estado va acompañado de una serie de acontecimientos de los que no se puede prescindir para explicarlo. Entre ellos, y no es uno de los menos relevantes, la desacralización general del mundo que tan eficazmente colaboró a destruir la ideología religiosa del Sacro Imperio.

De lo que se trataría entonces sería de encontrar, en aquellos lugares —y concretamente en Italia— en los que la unidad estatal aún no se había producido, un criterio mundanal, plenamente desacralizado, que viniera en su ayuda. Es aquí donde aparece el nacionalismo de Maquiavelo, y que se expresa de una manera contundente en el último capítulo de *El príncipe*, que, como se sabe, lleva por título “Exhortación para hacerse con Italia y liberarla de las manos de los bárbaros”.

No debe importarnos ahora demasiado, que las aspiraciones de Maquiavelo no se cumplieran, o que los dos primeros siglos de la vida del Estado, desarrollados bajo la égida de los monarcas absolutos, no hayan dado cabida al nacionalismo. (Con referencia en concreto a España, Sánchez Albornoz ha comentado con agudeza que “se propagó un patriotismo austracista y se habló, no de los intereses de España, sino de los intereses de la augustísima Casa de Austria”). Lo que importa, y esto me parece extraordinariamente relevante, es el hecho de que Maquiavelo percibiera, con toda nitidez, el nacionalismo como ideología utilísima en la forja de la nación-Estado. La historia vendría a la larga a darle la razón y, lo que no se logró en su día, se

efectuaría tres siglos después siguiendo los procedimientos por él preconizados. Ahí están, si no, los nacionalismos italiano y alemán del siglo XIX, que precedieron a la creación de las modernas estructuras estatales de ambos países, y a los que luego tendré ocasión de referirme.

Existe, sin embargo, en la concepción maquiavélica del nacionalismo como ideología de la nación-Estado, un equívoco que convendrá aclarar. Podría pensarse que el Estado aparece como creación neutral al margen de intereses y factores existentes. Ya me he referido antes al proceso de desacralización del mundo. Junto a él, está también el proceso de descomposición del orden económico y social medieval que capitanean y aceleran las nacies burguesías. Y aunque sería sin duda exagerado definir al Estado como un producto típicamente burgués, lo que sí me parece correcto es sostener que constituyó el marco más adecuado para su expansión.

Es en esta perspectiva donde adquiere sentido la afirmación de que la ideología nacionalista, como ideología del Estado-nación, coincide históricamente con el nacimiento y el despliegue de los intereses burgueses. De tal forma que en aquellos países y circunstancias en que la burguesía acelera su consolidación como clase, el nacionalismo irrumpe, en el sentido que ahora lo estamos considerando, con singular potencia, frente al sistema de trabas a que lo tenían sometido los monarcas absolutos. Es el caso de Inglaterra, por ejemplo, donde en la época de Milton o de Cromwell existen ya los suficientes testimonios que confirman este aserto. Por el contrario, en aquellos países donde el asentamiento burgués se retrasa, serán los monarcas quienes, identificados con el Estado, creadores y dueños del mismo, harán inviable el resurgimiento de nacionalismos de ningún tipo. Frente a la idea de sentimiento nacional, de lo único que cabe hablar en ellos es del sentimiento de fidelidad al rey.

Sería en la lucha denodada y tenaz, que a lo largo de los siglos XVII y XVIII la burguesía emprende contra ese absolutismo regio, en la que iría apareciendo —como ha señalado Touchard— una concepción del patriotismo más pagana, más independiente de la persona del rey, más nacional que monárquica. Pero se tratará ya —y ésta es una afirmación capital— no de un nacionalismo encaminado a la construcción del Estado, entre otros motivos porque el Estado ya preexistía y se había forjado en torno a la figura de los monarcas, sino de un nacionalismo encaminado directamente a satisfacer los intereses de la burguesía como clase. De este modo, el nacionalismo en cuanto ideología de la nación-Estado, tal y como lo concibió Maquiavelo, comenzará a discurrir por otros derroteros. Trataré de explicarme.

2. Hablar del nacionalismo como ideología de clase presupone, como es obvio, la identificación previa de la nación y de los intereses de la nación con la clase y con los intereses de clase. Como intentaré demostrar, fue ésta la labor básicamente llevada a cabo por el jacobinismo revolucionario francés.

Propio de la concepción y de la justificación política absolutista había sido la vinculación místico-religiosa de los términos rey-pueblo-Estado. El siguiente texto de Bossuet confirma claramente esta idea: “Todo el Estado —escribe Bossuet— radica en la persona del príncipe, en él se centra todo el poder y en él está la voluntad del pueblo”. Con ello, lo que se pretendía era conservar la idea de *absolutus*, de *postestas absoluta*, como poder supremo, completo, perfecto y, sobre todo, intangible, tal y como habría sido entendido el concepto aristotélico de *pambasileia* y el latino de *res absolutus*. Sin embargo, mientras los conceptos clásicos respondían a su propia concepción del mundo, que era una concepción básicamente religiosa, el absolutismo con lo que ha de topar es, como ya hemos advertido, con un proceso de desacralización creciente. Esto quiere decir que la configuración místico-religiosa de esta trinidad de pueblo-Estado-rey comienza a ser percibida como una simple ficción. Ya con Guicciardini la idea de *potestà assoluta* se liga, de hecho, a la idea de tiranía. Y en la tradición filosófico-jurídica se acentúa, de día en día, la separación entre monarca y pueblo, y el consiguiente divorcio entre una *majestas personalis* y una *majestas realis*. Nada tiene de particular que, en estas circunstancias, la lucha contra el absolutismo vaya directamente encaminada, en nombre de la razón y de la libertad, a destruir no sólo el poder omnímodo de los monarcas, sino también el propio concepto de Estado y, en general, el orden de cosas que le sirve de fundamento.

Se comprende ahora el carácter inicialmente cosmopolita, y por ende, nada nacionalista de la concepción burguesa. De lo que se trataba, ante todo, era de liberarse en el plano económico-social de las trabas impuestas por la sociedad estamental, y en el plano político, de las tiranías de los príncipes. De este modo, al hablar en nombre de la razón, la burguesía se convierte en portadora de los intereses de la humanidad, haciendo coincidir con ello sus propios intereses de clase con los intereses de los hombres en general. Es el momento, sin duda alguna, más positivo, progresista y glorioso de la historia política burguesa.

Ahora bien, este universalismo burgués tendría que enfrentarse con dos tipos de exigencias que le venían impuestas por la propia realidad histórica en que estaba asentado y que, en consecuencia, no podía desconocer. Por

una parte, y en primer lugar, estaba el hecho de los particularismos, tradiciones y modos de vida que la sociedad estamental había consagrado y que, por supuesto, seguían teniendo vigencia real entre los individuos. Surgieron así una serie de protestas contra el cosmopolitismo y la vaga imagen del hombre ciudadano del mundo. El siguiente texto de Rousseau en *Las consideraciones sobre el gobierno de Polonia* es lo suficientemente significativo al respecto. “Ahora ya no existen” —dice Rousseau— franceses, alemanes, españoles, ni tampoco ingleses. Existen sólo europeos, los cuales se encuentran en su casa dondequiera que haya dinero que robar o mujeres que seducir”.

Por otro lado, no le bastaba a la burguesía romper con los moldes del Estado monárquico. Sus propias necesidades de seguridad jurídica la obligaban a crear un tipo de Estado nuevo.

Intentando aunar ambas exigencias con los ideales humanitarios, y en su apelación continua a los principios de la razón, de la libertad y de la igualdad, surgirá el Estado burgués contemporáneo y con él el nacionalismo moderno. El Estado vendrá así justificado como creación no del príncipe, sino de la voluntad general de los ciudadanos, y el nacionalismo como concurrencia de voluntades, espontánea y libre para la creación de ese Estado. No sería exagerado llegar a sostener que, desde estas perspectivas abstractas y generales, la creación racionalista del Estado va emparejada con la creación racionalista de la nación. Son infinitos los testimonios que podrían traerse a colación en este sentido. Desde las afirmaciones de Holbach en su *Etiocracia o el Gobierno fundado sobre la moral*, o las afirmaciones de Jaucourt en la *Enciclopedia*, a las frases vibrantes de los discursos de Sant-Just, Danton, Robespierre, el mismo argumento se repite con insistencia. Valgan por todos las siguientes palabras de Robespierre.

...¿Qué es la patria sino el país del que se es ciudadano y miembro de su soberanía? Por una consecuencia del mismo principio, en los Estados aristocráticos la palabra “patria” no significa nada si no es para las familias patricias que han invadido la soberanía. Sólo hay democracia donde el Estado es verdaderamente la patria de todos los individuos que lo componen y puede contar con tantos defensores interesados en su causa como ciudadanos contiene...

De esta suerte, aparecerá un nacionalismo como ideología de la nación, pero después de haberse realizado la identificación previa de los intereses nacionales con los intereses burgueses presentados, naturalmente, como

intereses de la humanidad. Es lo que magníficamente ha descrito Solé-Tura como nacionalismo jacobino y que, sin duda alguna, representa el momento más coherente y más sólido del nacionalismo burgués.

En la medida en que la burguesía puede mantener la ficción en virtud de la cual los ideales burgueses simbolizan los ideales de la humanidad, en la medida en que, según la conocida frase de Sièyes en el comienzo de su obra *¿Qué es el Estado llano?*, se puede seguir manteniendo que “el Estado llano es todo”, este nacionalismo burgués puede responder también sin traumas a los requerimientos y necesidades de las distintas sociedades nacionales.

Por el contrario, su crisis será inexorable con los primeros síntomas de descomposición de la sociedad burguesa. Cuando a partir, sobre todo, de 1848, se muestra ya, sin confusión posible, con las primeras protestas proletarias importantes, que la sociedad burguesa no constituye un todo homogéneo, quedará al descubierto ese carácter particularista y ficticio de su ideología, y con ella, el del propio nacionalismo burgués.

Es contra ese nacionalismo clasista frente al que opondrá Carlos Marx en el *Manifiesto* el internacionalismo proletario. De esta forma, de igual manera que en un principio, frente a la monarquía absoluta, la burguesía coloca como más elevados y coherentes los ideales abstractos del cosmopolitismo, el marxismo situará ahora, frente a ese nacionalismo pacato de la burguesía, su internacionalismo proletario. No obstante, los mismos problemas y las mismas exigencias que la realidad impuso a la burguesía en su momento serán los problemas y exigencias que la realidad va a colocar también al marxismo en su evolución. Y nuevamente una clase, en este caso el proletariado, convertida en portadora de los intereses de la humanidad, por ser la más numerosa y la más pobre, intentará articular en su ideología el hecho evidente de los particularismos, tradiciones y modos de vida que componen la realidad nacional, dando lugar a un nuevo nacionalismo que, como el nacionalismo burgués, se definirá, ante todo, por ser un nacionalismo de clase.

Llegamos de esta manera al punto que me interesaba aclarar, a saber: que junto al nacionalismo como ideología de la nación, surgió en el orden histórico un nacionalismo como ideología de clase que, por lo que a la burguesía se refiere, justamente coincide con la consolidación económica, social y política de la misma. Se obtienen así unos criterios referenciales mínimos que permitirán comprender ese tercer aspecto del nacionalismo a que antes aludía, y en torno al cual van a surgir sus más acuciantes problemas; esto es, el nacionalismo como ideología del ocultamiento y de los mitos.

3. El obligado reconocimiento por parte del nacionalismo jacobino de los particularismos que la realidad impone condujo a la conclusión de algo que ya estaba muy claro en Rousseau. Para Rousseau, las costumbres y las tradiciones debían ser reincorporadas al esquema racionalista de tal modo que se convirtieran en el método más adecuado para dar plena eficacia, no dejándola reducida a una fórmula sin contenido y vacía, a la voluntad general. Surgió de esta forma, como ya hemos advertido, un nacionalismo unido a la realización concreta de la democracia y los derechos del hombre.

Con la expansión napoleónica del ideario político de la Revolución francesa era lógico, por lo tanto, que los pueblos que recibían el mensaje de los derechos del hombre y de la libertad reclamaran, en virtud de estos mismos principios, el reconocimiento de sus particularismos y de su independencia. A partir de ese momento la conexión entre nacionalismo y liberalismo se hace tan patente y clara, como de una vez por todas han demostrado autores como Ruggiero, Kohn o Rocker, que no me parece procedente insistir en ella. No tienen otra explicación las guerras de liberación nacional de comienzos del siglo XIX, como es igualmente a la luz de estos principios como hay que interpretar la independencia y el primer nacionalismo americanos.

Sin embargo, la sima abierta entre la utopía humanitaria, igualitaria y liberal de la Revolución francesa y la práctica social burguesa, llena de desigualdades y conflictos, no va a permitir por mucho tiempo seguir apelando a una ideología que en la realidad está mostrando su escasísima virtualidad integradora. La pervivencia unitaria de los Estados ya constituidos, y, sobre todo, la integración nacional para los Estados que van a crearse (caso de Alemania e Italia), no se buscará ya en la realización de la democracia, sino que se abrirá camino por otros derroteros. Antes y por encima del Estado liberal, como elemento aglutinador de un pueblo, está la nación. Antes de los sentimientos de igualdad y libertad forjados en la especulación racionalista están los sentimientos telúricos que vinculan al hombre a la tierra donde nace y donde muere. Es en ellos, por lo tanto, donde habrá que concentrar las vinculaciones humanas más profundas y las solidaridades efectivas.

Surge de este modo un nacionalismo nuevo, de corte romántico y sentimental, montado en la exaltación irracionalista y mística de la nación y que, aunque adquiere su máxima importancia en Alemania, se desarrolla y tiene sus defensores, más o menos notables, en todos los países. La línea iniciada por Herder y Fichte se perpetúa en nombres tan significativos como

Moritz Arndt, Mazzini, Renan, Treitschke, Carlyle, Ruskin, Maurras, etcétera, hasta llegar a las ensoñaciones de Hitler o Mussolini. Descifrar el sentido ideológico que se oculta detrás de este pensamiento, por lo demás caótico en muchos aspectos, nos permitirá comprender la significación y el sentido de muchos nacionalismos del presente.

La necesidad de conservar el control del Estado, en aquellos países donde la unidad estaba ya lograda, y la necesidad de crear la unificación estatal en aquellos otros que vivían desperdigados en reinos y unidades políticas pequeñas, constituye la más urgente tarea política de la burguesía decimonónica. Razones de índole económica, por una parte, y razones de subsistencia política, por otra, la obligan a ello.

Desde el punto de vista económico, su propia seguridad interior y, sobre todo, la necesidad de competir en los mercados mundiales, la llevarán a buscar en la creación de un Estado poderoso y en el control total de los mecanismos del mismo, su más sólido refugio. Ya Fichte había propugnado, junto a la conveniencia de la unificación del pueblo alemán, la conveniencia de que ese mismo pueblo se cerrara en la demarcación de sus fronteras para salir luego, una vez desarrollados todos sus recursos, a cumplir sus misiones cosmopolitas y civilizadoras. Era el “Estado comercial cerrado”, que encontraría posteriormente en Friedrich List su más brillante y sincero expositor.

Frente a la predominante teoría económica del siglo XVIII, de indudable carácter cosmopolita y que por esas fechas logra sus mayores éxitos con el movimiento de comercio libre en Inglaterra, List sostiene la tesis de que lo que resulta obligado es montar “un sistema de economía nacional” (Kohn). El establecimiento de la unión de aduanas (*Zollverein*), que comenzó en Prusia en 1828, y a la que se unieron la mayor parte de los estados alemanes hacia 1834, representa en el orden práctico el mejor exponente de esta concepción. Con razón ha podido calificarse a List como el teórico de la *Zollverein*.

No vamos a detenernos en precisar ahora hasta qué punto, tanto la incipiente burguesía alemana como las de otros países, fueron capaces de traducir en la realidad de una forma acabada y completa el esquema propuesto por List. Lo que sí parece evidente es que ese esquema resultó atractivo a las burguesías europeas en general, y que en algunos lugares fue llevado a la práctica con mayores éxitos que los obtenidos en la propia Alemania. En este sentido, por ejemplo, lo que en Alemania no se hizo, se realizó después en Francia, durante el reinado de Napoleón III, con su programa de industrialización en gran escala y de construcción de ferrocarriles.

Ahora bien, este tipo de apelaciones al “Estado comercial cerrado”, empleando la terminología de Fichte, ésta, en muchos casos, descarada defensa del Estado, no podrá realizarse ya en el transcurso del siglo XIX y, sobre todo, a partir de su segunda mitad, y esto conviene dejarlo muy claro, en nombre de la libertad y de la democracia. Se apelará entonces a la idea de nación y se presentará al Estado como el gran defensor y realizador de sus potencialidades. De esta forma la taumaturgia política opera el gran milagro: el Estado controlado y dirigido por la burguesía, y que lógicamente va a ser quien le ayude a satisfacer sus intereses, ocultando sus efectivos papeles, va a aparecer como el realizador y defensor de los intereses de la nación. Y he aquí el problema: ¿de qué tipo de nación se trata? ¿Cuáles son los intereses efectivos de la nación?

En la época de la monarquía absoluta al menos se hablaba un lenguaje inteligible. Los intereses de la nación eran los intereses de las dinastías. En el momento de la transición del Estado absoluto al Estado liberal, simbolizado en el proceso revolucionario francés, el lenguaje sigue siendo claro. La nación es el tercer Estado. Y porque el tercer Estado representa los intereses generales y universales de la humanidad, se puede decir que los intereses de la nación son los intereses del tercer Estado. Ahora la nación va a convertirse en una especie de fantasma, de contornos indefinidos y confusos, que requerirá un poderoso acto de fe para poder llegar a identificarla.

Nada habrá mejor para comprender lo que acabo de decir que reproducir las siguientes palabras de Renan, el erudito francés, y el gran teórico del concepto de nación:

Una Nación es un alma —dice Renan—, un principio espiritual; dos cosas que, a decir verdad, no son más que una, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento mutuo, el deseo de vivir conjuntamente, la voluntad de seguir haciendo valer indivisa la herencia recibida. Tener glorias comunes en el pasado, tener una voluntad común en el presente, haber hecho juntos grandes cosas en el pasado, querer seguir haciéndolas, éstas son las condiciones esenciales para constituir un pueblo...

No dejaría de ser interesante recorrer ese proceso intelectual en virtud del cual, y junto a la espiritualización y mixtificación progresiva del concepto de nación, se va a producir, como su más lógica consecuencia, el

alejamiento de las bases sociales reales que deberían constituir su fundamento. Desprovistas de todo contexto social que sirviera de criterio referencial a la lucubración teórica, las teorizaciones racionalistas sobre la nación ape- larán a los más peregrinos argumentos e intentarán nutrirse de las fuentes más dispares. Así vemos cómo se utilizan por igual, y cumplen similares objetivos, las consideraciones de Hugo, Puchta y Savigny (creadores de la escuela histórica del derecho) sobre el espíritu del pueblo (*Volkgeist*), que las implicaciones que podrían derivar del organicismo sociológico (Von Lihensfeld, Worms, Schaffle, Blunztshli), o del tradicionalismo político. Al final, con lo que nos encontramos es con un pensamiento caótico, contradictorio y confuso, alejado de la realidad y de la historia, y que termina por no poder dar cuenta ni justificar sus propios resultados.

De esta suerte, la nación, sublimada y espiritualizada al máximo por el romanticismo político, acaba por no saberse en qué consiste. Habrá autores que verán en ella una especie de creación de la providencia. “La Nación —dice Mazzini— es la tarea que Dios impone a un pueblo en el trabajo humanitario. Y su misión es la misión que debe realizarse en la Tierra para que el pensamiento de Dios pueda llevarse a cabo en el mundo”. Para otros, como Bluntschli: “La Nación es, ante todo, un concepto histórico o de cultura política”. No faltarán quienes ponderen el elemento espacial, geográfico o incluso biológico (Ratzel, Maull, Gobineau, etcétera) y las implicaciones sentimentales que de ello se derivan: de “la Terre et les morts” hablaba Barres, y “por la sangre y la tierra” (*Blut und Boden*), dijo más tarde Hitler. Los testimonios, como se comprende fácilmente, podrían multiplicarse.

De lo que me interesa dejar constancia, sin embargo, y creo que con lo señalado tenemos ya una buena prueba, es del hecho de que la espiritualización de la nación y su distanciamiento de los elementos reales y de los supuestos sociales que pudieran definirla terminan descomponiendo su concepto hasta el punto que éste será utilizado por cada autor según sus conveniencias y preferencias personales. Con lo cual llegamos a la conclusión más importante que late detrás de todo este pensamiento: la construcción romántica e irracionalista de la nación es, ante todo, una construcción mítica.

Mussolini, más sincero, en este sentido, que todos los nacionalistas románticos del siglo XIX, lo expresaría claramente y con toda contundencia en las siguientes palabras: “Nosotros hemos creado nuestro mito. El mito es fe, pasión. No es necesario que deba cumplirse, pero es una realidad por

el hecho de que es un estímulo, una esperanza, una fe. Nuestro mito es la Nación, nuestro mito es la grandeza de la Nación”.

De lo que se trata, por tanto, es de descifrar, por un lado, el sentido político-ideológico que tiene la construcción de la nación como mito, y por otro lado, las consecuencias que de este hecho pueden derivar.

Por lo que al significado político real hace referencia, es evidente que la elevación de la nación a la categoría de mito, y las apelaciones continuas a ella como justificación ideológica de toda la acción política, para lo que sirven es para ocultar los problemas reales de una sociedad cada vez más dividida y acosada por sus propios conflictos internos. Desarmada ideológicamente, e incapaz de dar solución a sus múltiples fracturas y contradicciones, la burguesía, aliada con las fuerzas aristocráticas y conservadoras de otra época, intentará crear unidades y armonías ficticias apelando a ese concepto romántico y espiritualista de nación.

Se comprende ahora el sentido que tiene hablar del nacionalismo como ideología del ocultamiento y de los mitos, y se comprende de este modo también la conexión antes establecida entre este momento histórico del nacionalismo y la descomposición y quiebra del orden político burgués.

No obstante, si importante resulta en el plano histórico-político detectar con exactitud un fenómeno, no menos significativo resulta a veces precisar sus consecuencias. Y es probablemente en esta perspectiva donde el nacionalismo de corte sentimental y romántico ha brindado, para bien o para mal, sus resultados más importantes.

Existe, en primer lugar, una conexión evidente entre este nacionalismo mítico y los totalitarismos fascistas del siglo XX. En el decisivo libro de Lukács, *El asalto a la razón*, se demuestra de un modo definitivo dicha vinculación. Es más, se podría sostener que el fascismo y el nacionalsocialismo no hicieron otra cosa que llevar al plano de la realidad lo que, en la mayor parte de los casos, quedaba reducido en el siglo XIX a mera especulación teórica. Por lo que al nacional-socialismo se refiere, valgan las siguientes palabras de Bonhard, uno de sus mejores concedores, para comprobar este aserto:

La doctrina nacional-socialista —dice Bonhard— toma como punto de partida para su sistema político la *Volksgemeinschaft*: el pueblo constituido en comunidad. Todo procede de ella, todo se adhiere a la misma y halla en ella su razón de ser. *Volksgemeinschaft* se sitúa en el centro de la organización política. Todos los elementos de la citada organización gravitan, por tanto, a su alrededor.

Por lo que al fascismo italiano hace referencia, Mussolini dirá con toda precisión: “Queremos unificar la nación en el Estado soberano que está sobre todos y puede estar contra todos, porque representa la continuidad moral de la Nación en la historia. Nuestra fórmula es ésta: todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”.

Naturalmente, esa ficticia unificación del pueblo en ese ente abstracto, llámese “comunidad” o llámese “nación”, con el consiguiente ocultamiento de los conflictos reales, no podía traducirse en otra cosa que en una política de represión y de dureza. Puesto que el conflicto no se reconoce y mucho menos se regula, cuando éste aparece lo que hay que hacer es reprimirlo. Se crea de este modo una falsa paz interior que dará lugar, como contrapartida (y ésta es la segunda consecuencia importante de todo este irracionalismo político), a la proclamación del belicismo en el orden internacional. La negación interna de los conflictos, no obsta, sino que, al contrario, obliga a su afirmación de cara a otras naciones. De esta suerte, el nacionalismo se hace decididamente colonialista y belicista.

Ya Herder, en los albores del pensamiento romántico, mantuvo la tesis de la incomunicabilidad de las almas y las culturas nacionales. Ahora bien, como ha señalado Rocker, no se pueden exaltar los valores nacionales y mucho menos, en épocas de tensión, exacerbarlos, sin contraposición a otros países y otras culturas. De este modo, la proclamación de los valores propios termina exigiendo, por un proceso lógico elemental, la destrucción y el aniquilamiento de los demás. Por eso, si Herder emplea todavía un lenguaje mesurado, proclamando algo así como una política de aislacionismo e independencia, el lenguaje de un Tritzschke, un Jahn o un Clausewitz tomará unas tonalidades radicalmente diferentes.

Las guerras de Napoleón —dice Clausewitz— y la guerra de liberación nacional de 1813 hicieron aparecer, con toda su fuerza y a un tiempo, los formidables factores que son la idea y el sentimiento de la nacionalidad para forjar el poderío del Estado, de la guerra y de la lucha...

Posteriormente, de todos es conocido cómo el nacionalismo degenera en belicismo puro. Y si Spengler afirma sin recato alguno “que la organización internacional no puede basarse en compromisos y concesiones, sino en la victoria e imposición de unas culturas sobre otras”, serán los nacionalismos fascistas quienes cierren el proceso sosteniendo que la grandeza de la nación no sólo justifica la guerra sino que, además, la exige.

No tendría demasiado sentido recordar pormenorizadamente ahora en qué terminó todo ese corpulento mito del nacionalismo beligerante y gue-

rrero y cómo fueron precisamente las naciones que, arrastradas por los ideólogos de la superioridad y la grandeza, desencadenaron el último gran conflicto bélico las que acabaron siendo destruidas. Conviene, sin embargo, dejar constancia de que el nacionalismo que se desarrolla a raíz de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de no mostrar las tonalidades agresivas del que la precedió, en un cierto sentido engarza directamente con él. Y es en el aspecto que se refiere a su configuración mítica, al uso que de él se sigue haciendo como ideología para que, ocultando los problemas reales, no se intenten siquiera buscar las efectivas soluciones. El caso es bien patente en los países del tercer mundo y, sobre todo, en América Latina. Utilizado en ellos el nacionalismo como el más eficaz instrumento de movilización popular, se ha presentado, a la vez, como una ideología del desarrollo y del progreso. De este modo, las nuevas e incipientes burguesías de esos países vuelven a encontrar en él su mejor arma y su mejor defensa para el mantenimiento del *statu quo*. La lucha contra las ideologías auténticas de la transformación y del cambio, emprendida en otro tiempo de una manera frontal, se realiza ahora apelando a la fraseología de ese nacionalismo desarrollista. Con procedimientos distintos, el nacionalismo sigue así desempeñando su papel de ideología del encubrimiento y de los mitos. Las exigencias de los tiempos han sustituido tan sólo la ya gastada retórica de la nación por la retórica del desarrollo nacional.

Después de este ya largo razonamiento, va llegando el momento de volver a lo que señalábamos al principio y recapitular las líneas fundamentales del mismo.

No puede dejar de reconocerse la existencia del hecho diferencial de unos pueblos con relación a otros. Igualmente, hay que admitir que esas diferencias descansan en supuestos histórico-naturales (lengua, cultura, tradición, raza, etcétera) que son, por ello mismo, de naturaleza prepolítica. En este sentido, cabe significar con la expresión “nacionalismo” la trama de intereses, valores, lealtades, expectativas y aspiraciones que tienen en común todos los individuos que integran una comunidad nacional. El nacionalismo se convierte así, a nivel conceptual, en la ideología de la nación, obteniéndose una definición clara y precisa del mismo. Ahora bien, la experiencia histórica nos ha demostrado, cómo, sobre los intereses abstractos y comunes a todos los individuos que componen una nación, terminan siempre prevaleciendo los intereses concretos de las clases dominantes. El nacionalismo como ideología de integración comunitaria se corrompe entonces convirtiéndose en ideología de clase y pasando a desempeñar los más

extraños menesteres. A partir de ese momento su definición se hace imposible, y el único tratamiento viable para descifrar sus enigmas es el de recorrer su propia fenomenología. Y es en esta fenomenología donde se descubre su carácter burgués. Nacido con el capitalismo ascendente, su suerte va a estar marcada por los avatares y el proceso del propio capitalismo. Lo que termina haciendo de él una ideología incoherente, confusa y, por ende, peligrosa.

Sinceramente pienso que es ésta la gran lección que del recorrido histórico del nacionalismo puede extraerse en un momento como el presente de la vida política española. Las regiones con hechos diferenciales evidentes han tenido, ciertamente, que padecer el sometimiento y la presión de un nacionalismo estatal, en muchas ocasiones preburgués, pero siempre centralizador y burocrático. El proclamar, defender y reivindicar sus derechos y libertades, sus valores y sus peculiaridades comunitarias, es algo más que justo y legítimo, porque resulta conveniente y necesario. Ahora bien, una cosa es la reivindicación de los valores comunitarios y otra la conversión de esa reivindicación en ideología política. Los problemas económicos y sociales no han sido nunca, como hemos visto, ni correctamente planteados, ni menos resueltos por ninguna ideología nacionalista. Y ello por la sencilla razón de que el nacionalismo no ha sido, ni puede serlo, una doctrina social o un sistema de pensamiento económico. Cuando se presentó de esta forma, como ya sabemos, fue sólo para ocultar una serie de problemas más profundos, que eran justamente los que no quería resolver. Como ha escrito ese notable sociólogo brasileño que es Costa Pinto, el nacionalismo, que fue capaz de crear naciones, de lo que fue incapaz siempre fue, sin embargo, de transformarlas.